

causa principal, yo creí descubrir otra mas inmediata en la ignorancia de los pueblos. Poco instruidos de su religion, nada enterados de los fundamentos que persuaden su divinidad, miraban con cierta indiferencia los graves daños que se les hacian.

En la viveza de mi dolor yo acusaba al gobierno de haber dejado propagar esta secta impía y destructora; me quejaba del clero, que no conoció el peligro ó no supo á tiempo tomar medidas eficaces para precaverle; me consternaba al ver que la muchedumbre por ignorancia y por no tener una idea viva y segura de la verdad de la religion, la dejaba envilecer, y sufría con frialdad la cesacion de todo culto, sin presentar la menor oposicion á excesos tan horribles; y empecé á sentir qué falta era la de no haberla instruido, y qué riesgo corren las demas naciones que no lo están.

Pero lo que me sorprendió mas que todo es que yo mismo considerando los medios de mejorar esta tan importante, ó para decirlo mejor, la única parte esencial de la instruccion pública, no pude encontrar entre los libros que conozco uno á mi satisfaccion, que por sí solo pudiese dar una idea completa del sublime plan del cristianismo, enseñando al mismo tiempo las innumerables pruebas que demuestran con evidencia su verdad.

No ignoraba que todas las naciones cristianas tienen sus catecismos, y que entre ellos hay mu-

chos excelentes. Habia leído el de Trento y otros; pero esto no me bastaba, porque estas admirables instrucciones enseñan lo que se debe creer; pero no enseñan con la extension que exigen las circunstancias de estos tiempos calamitosos la razon por qué se debe creer; esto es, no explican los motivos de nuestra creencia, ni exponen las razones evidentes y los incontrastables fundamentos en que estriba la religion cristiana, y que convencen de su divinidad y certidumbre.

Tampoco ignoraba que hay muchos libros en que pueden aprenderse estos puntos, y que los hombres instruidos lo conocen; pero no se me ocultaba que los que los saben no han podido adquirir este conocimiento ilustrado de su fe sino con mucha aplicacion y estudio; que el pueblo no tiene tiempo ni proporciones para hacerlo, y que si se desea que aprenda los fundamentos de su religion, es menester recogerlos y ponérselos en la mano, dándoselos en un libro conciso, con un método claro y en estilo simple y proporcionado á su inteligencia.

Este debia en mi juicio ser un libro clásico, eleментар, que era menester propagar en todas las clases del estado hasta llegar al pueblo. Me parecia que si todos estuvieran persuadidos por convencimiento íntimo de que la religion viene de Dios, no solo su fe seria mas viva y constante, no solo sus costumbres serian mejores, sino que no

seria tan fácil desquiciarlos de su creencia en las turbaciones inseparables de la inconstancia de las cosas humanas. Si el pueblo frances hubiera estado mas instruido de la verdad de su religion, da falsa filosofia no hubiera hecho tantos progresos, ó á lo ménos hubiera encontrado una gran resistencia á sus insultos.

¶ Pero si este libro existe, ¿cómo ó por qué no está en mano de todos? Y si no existe, ¿cómo los que por interes ó por amor desean que la religion se conserve, no se apresuran á producirle y propagarle? ¿No es ya tiempo de precaver peligro tan horrible? ¿No estamos en el caso de que se tomen las medidas mas eficaces? Hubiera dado mi vida por tener las luces y el talento suficiente para formar un libro tan precioso, tan necesario, y que consideraba como el mejor preservativo; pero esta empresa tan fácil para otros era muy superior á mis alcances.

¶ La Francia estaba entónces cubierta de terror y llena de prisiones. En ellas se amontonaban millares de infelices, y los preferidos para esta violencia eran los mas nobles, los mas sabios ó los hombres mas virtuosos del reino. Yo no tenia ninguno de estos títulos, y por otra parte esperaba que el silencio de mi soledad y la oscuridad de mi retiro me esconderian de tan general persecucion; pero no fué así: en la noche del 16 de abril de 1794 la casa de mi habitacion se halló de re-

rente cercada de soldados, y por órden de la junta de Seguridad general fui conducido á la prision de mi departamento.

En aquel tiempo la prision era el primer paso para el suplicio. Procuré someterme á las órdenes de la Divina Providencia; pero mientras llegaba el término fatal, buscaba algun objeto en que ocuparme; el tiempo es siempre largo en una prision, y la ociosidad le haria eterno. Lo primero que me presentaba mi imaginacion era este libro necesario; pero ¿pobre de mí! ¿y qué podia yo hacer? Viejo, secular, sin mas instruccion que la muy precisa para mí mismo, y encerrado en una cárcel, con pocos libros que me guiasen y ningunos amigos que me dirigiesen.

Buscaba otras ideas; pero como el enfermo que sufre algun dolor, por mas que para divertirle piense en otros objetos, no puede olvidar lo que le aflige, así volvia yo al deseo que me atormentaba. La obrita del abate Lamourette que yo tenia á la mano, al mismo paso que me daba algunas ideas para ejecutar mi pensamiento, encendia mas mis deseos; pero el cielo que favorece las buenas intenciones, dispuso que en la misma prision tuviese en mis manos un manuscrito que contenia la historia reciente de un filósofo muy conocido, en una serie de cartas escritas por él mismo y por algunos de sus amigos. Este era un hombre que no dejaba de tener algun talento, y que

nació con muchos bienes de fortuna; pero habiendo recibido en su niñez la educacion ordinaria, habia aprendido superficialmente su religion, no la habia estudiado despues, y en su edad adulta casi no la conocia, ó por mejor decir, solo la conocia con el falso y calumnioso semblante con que la pinta la iniquidad sofistica.

Era consiguiente que se dejase alucinar con sus delirios, y que se abandonara largo tiempo á sus pasiones. Un infortunio le condujo á donde pudiese escuchar las pruebas que persuaden su verdad, y á pesar de su oposicion natural, y lo que es mas, de sus envejecidas malas costumbres, no pudo resistir á su evidencia; y despues de quedar convencido, tuvo valor, con la asistencia del cielo, para mudar sus ideas y reformar su vida.

No me fué posible desconocer la mano de la Providencia, que en aquellas circunstancias me ofrecia mas de lo que yo deseaba; pues aquel manuscrito no solo expone las pruebas fundamentales de la religion que desengañaron y convencieron al filósofo, sino que este puso en práctica los medios que la misma religion enseña para recobrar la gracia, y se aplicó en los últimos años de su vida á juntar con las virtudes cristianas el ejercicio de las civiles y el desempeño de todas las obligaciones de su estado: así, pues, su conducta ofrece ejemplos muy útiles y saludables para todas las situaciones de la vida.

Parecióme tambien que este método histórico tenia la ventaja de exponer la instruccion sin el tono frio y dogmático que desagrada tanto al que no la busca. Es difícil que un ánimo pervertido se entregue á la lectura de un tratado didáctico, que no esconde su pretension de enseñar y convertir; pero una historia que no pretende mas que contar, sostenida con los hechos, y animada por los diálogos, puede tal vez despertar la curiosidad, interesar á los lectores y aficionarlos á su doctrina.

Lo que sobre todo me animó fué la conformidad de nuestras ideas en la necesidad de que se instruya mejor á los pueblos, y se les entere de la certidumbre y divinidad de su religion; y recibí mucha complacencia cuando leí los medios prácticos que aconseja á los príncipes, al clero, á los predicadores, universidades y padres de familia de las naciones cristianas, para que se reunan, y contribuya cada uno eficazmente con los medios mas activos á la propagacion de una enseñanza tan importante á la felicidad de todos.

Comprendí, pues, que podia ser útil la publicacion de estas cartas, especialmente en España, donde el cristianismo tiene su mejor trono. Esta nacion generosa abunda de ingenios superiores, que á los ejercicios prácticos de la religion junta todas las luces para escribir este libro necesario, y ella misma se compone de un pueblo que es cristiano desde la cuna y religioso por instituto y por

ejemplo. Me pareció que le recibiría con gusto y con respeto, y que entónces añadiendo un convencimiento ilustrado á la natural solidez y constancia de su carácter, sabría sostener y conservar su culto aun en medio de los trastornos que pudiera acarrear la vicisitud de las cosas humanas, ó por decirlo mejor, su instruccion impediria y cortaria de raiz semejantes turbaciones.

Con estos deseos y estas esperanzas me dediqué á poner en órden estas cartas, persuadido de que pueden ayudar al fin que me propongo, y cuando ménos excitar á otros á mejorar mi pensamiento. Yo no tengo la ridícula manía de autor; lo que deseo únicamente es ser útil, y por eso he ingerido en ellas algunos pasages del libro ya citado. Yo no aspiro sino á hacer conocer la solidez y la hermosura de la religion á una nacion que amo, y me parece que este es el mejor camino para precaverla de los prestigios de la política destructora de nuestros dias. Por otra parte, creo que pueden ser útiles á toda especie de lectores, porque los principios y máximas que se siembran en ellas, se derivan de la fuente pura del Evangelio, y el agua que mana de este divino manantial es necesariamente saludable, es la única corriente en que el alma puede beber los bienes de que el hombre es capaz en la tierra, la paz del corazón y el reposo de la conciencia.

Estas memorias contienen tres partes: la pri-

mera es el tiempo de las ilusiones del filósofo, sus disputas con un eclesiástico docto y piadoso, y al fin su convencimiento. En ella se exponen los sofismas de la falsa filosofía, las respuestas del eclesiástico, y las incontrastables pruebas con que este le convence de la divinidad de la religion. Esta parte debe aprovechar á todos, porque los que la saben pueden refrescar las especies, y tendrán aquí reunido lo que les seria preciso buscar en muchos libros: los que las ignoran las aprenderán fácilmente, y tendrán el inefable consuelo de saber (que es la mejor manera de creer) que la religion en que viven viene de Dios, y que le deben el inapreciable beneficio de conducirlos por el verdadero camino de la felicidad.

Miéntas se hagan otros libros elementares y mejores, considero serán útiles estas cartas, y aun despues de hechos siempre lo serán á cierta clase de gentes.

La segunda contiene lo que hizo el filósofo por consejo del eclesiástico para salir del abismo y entrar de nuevo en el buen sendero. Esto no puede dejar de ser útil tanto á los que quieran volver de la incredulidad á la fe, como á los que deseen reformar sus costumbres, y empezar una vida cristiana.

La tercera expone lo que practicó el filósofo para desempeñar el cumplimiento de las obligaciones propias de su estado y el ejercicio de las

virtudes civiles. Como era hombre rico, que por su nacimiento tenia una casa que gobernar, hijos, tierras y vasallos, le fué preciso ocuparse en cumplir con la administracion de todos estos cargos. Sus ejemplos pueden ser útiles á los que se hallan en las mismas circunstancias, mostrándoles el uso que deben hacer de sus bienes; y esta parte no es la ménos importante; porque si los mas distinguidos de un estado practicaran las virtudes que su situacion les permite y que la religion les prescribe, estimularian con su buen ejemplo todas las demas clases.

En estas memorias pueden ver que un hombre que nació con talento y muchos bienes de fortuna, miéntras fué incrédulo y se abandonó á sus pasiones, fué malo; despreciable, y no solo infeliz, sino que hacia tambien infeliz á quanto dependia de él ó le rodeaba; pero que desde que tomó por regla el Evangelio, se transformó en un filósofo justo, amable, útil en todo para todos, que no solo consiguió ser feliz él mismo, sino que hacia felices á cuantos estaban en la esfera de su influencia, y que se le vió tan buen ciudadano, tan buen padre y tan buen amo, como habia sido malo cuando le gobernaba la filosofia del siglo; de modo que hallarán reunida la fuerza de la razon con la prueba práctica de la experiencia.

Bien sé que la incredulidad es una enfermedad terrible que resiste á todos los remedios; que el

amor propio, el deseo de mostrar valor, el orgullo de manifestar un espíritu superior al vulgar, atropellan todas las fuerzas de la razon, y hacen cerrar los ojos para no ver la luz; pero estas memorias les podrán mostrar que no hay honor ni buena filosofia en la incredulidad; que todo hombre de buen carácter, de juicio sano y de corazon honrado debe amar y respetar el Evangelio; debe desear su propagacion, y que su moral justa, dulce y razonable sea la regla de gobierno para todos los hombres; que todo el cuerpo de su religion y de su doctrina es la filosofia mas sana, la mas elevada y la mas útil; en fin, la única que puede hacer felices á los mortales aun miéntras habitan en la mansion transitoria de la tierra.

Estas memorias deben advertir á los pueblos del peligro á que se exponen, si dan oidos á esas sirenas seductoras; deben despertar á los soberanos, haciéndoles ver que no puede ser estable ni tranquila la duracion de sus imperios, si no preservan á sus pueblos de este fatal contagio, y que el mejor preservativo es extender en ellos la instruccion y el estudio sólido y convincente de la verdad de la religion.

Ellas les harán conocer que la firmeza de los gobiernos, la respetuosa obediencia de los vasallos y la felicidad de todos dependen del amor y respeto que se tiene á la religion, y que estos sentimientos no pueden nacer en los corazones cuan-

do su fe es incierta, vacilante y poco segura; pero que la persuasión de la verdad del cristianismo y la adhesión á sus máximas, cuando se siguen con la exactitud de su pureza primitiva, son el resorte mas seguro, el impulso mas poderoso que puede dirigir un corazón. En fin, verán que la incredulidad todo lo atropella y trastorna; pero que tambien la superstición todo lo corrompe y envilece, y que solo el Evangelio es la regla que puede producir la felicidad universal.

Los incrédulos verán tambien en ellas que se engañan mucho cuando imaginan que el medio de ser felices en la tierra es sacudir la fe, para sacudir con ella la severa ley del Evangelio. Que lean y vean la diferencia del filósofo incrédulo al filósofo cristiano; que aprendan allí, que aquel que por huir de las amenazas de la religion busca en la incredulidad un sosiego que no le puede dar, se hace mucho mas infeliz; que aquel que por contentar sus pasiones se deja seducir por los halagos de una falaz filosofia, acumulando errores y delitos, no hace mas que cercarse de angustias y terrores; y que solo aquel que se echa en los brazos de la religion, puede encontrar en ellos el sosiego del espíritu, la paz del alma y la dulce satisfaccion que dejan la práctica de la virtud y el ejercicio de la caridad.

Si por su dicha pudieran hallar en ellas la persuasión de estas verdades, tambien hallarian los

medios para salir del abismo. El modelo del instruido y fervoroso director que les proponen, les enseñaria á buscar otro semejante que los pusiera en el mismo camino.

Estas son las intenciones que hacen publicar este libro, que ademas de ser verdaderamente filosófico, levanta el alma á los objetos sublimes de la religion, y en su contexto las luces de la sana razon, de la buena filosofia y la experiencia, fortifican las consideraciones de la fe, la voz de la naturaleza se junta con la del Evangelio para convencernos de lo que el universo entero nos predica; esto es, que nosotros existiremos cuando el mismo universo dejará de existir.

Me parece que en él se exponen el espíritu y la doctrina de la fe con bastante profundidad, para que no la deban desdeñar los que quieren hallar en todo las luces de la filosofia y de la razon, y que los puntos principales del cristianismo estan presentados con la severidad y exactitud que requiere el carácter crítico y dificultoso del siglo.

Como no se habla en él sino de la doctrina del Evangelio, y que es imposible exponerla sin recordar los indelebles y primordiales principios de la razon, es preciso que se halle en él la sola filosofia verdadera, la única útil, la que solo puede alumbrar nuestra ignorancia y consolar nuestra miseria.

En una palabra, este libro me parece edifican-

te, pero sin soltar un momento la razon de la mano; devoto, pero sin dejar jamas de ser filósofo. El cristiano sencillo le encontrará sólidamente religioso, y los que se precian de crítica y buen gusto podrán mirarle como una produccion razonable y provechosa; por lo ménos podrá servir de estímulo para que otros, conociendo la importancia, le mejoren.

Así, á pesar de los defectos que puede tener en su forma y estilo, estoy seguro de que su lectura puede ser útil á muchos: porque este libro no hace otra cosa que aclarar y extender los pensamientos del libro que nos vino del cielo; del mejor libro que ha caído en las manos de los hombres; de aquel libro en que Dios nos dictó nuestras obligaciones, y nos reveló los destinos futuros; de aquel libro que llena el corazon de luces y de esperanzas; del Evángelio, en fin, que contiene el arte de ser felices en la tierra, y que enseña á adquirir la gloriosa inmortalidad. ¡Dichoso yo si con tan ligero trabajo consigo propagar verdades que desengañen á algunos, y que hagan á otros virtuosos y felices!



Que mi Dios! y o seré eterno como tú. Te
 esta la medida interminable de mi duracion y el
 modo de mi existencia. No es delirio de mi or
 gullo que te contemplo con
INVOCACION.

O Dios del tiempo y de la eternidad! Tú eres el solo que existe por sí mismo; tú eres el único que es grande y excelente por su propia naturaleza; tú eres la fuente incorruptible de donde se deriva todo lo bueno, verdadero y útil; el manantial inagotable de lo que merece ser deseado en la tierra y en el cielo. ¡Con qué placer, con qué delicia mi alma te reconoce, te admira y adora como la única fuerza que sostiene al universo, como la única sabiduría que regla sus movimientos, como el solo fanal que ilumina mis tinieblas, mostrándome el último destino de mi existencia, y enseñándome el uso de los bienes y males de esta vida!

¡O Dios mio, eterno y soberano principio de todas las inteligencias! qué consuelo siente mi corazon cuando postrado ante el trono de tu inmensa Magestad, reconoce el divino seno de que ha salido, y cuando considera que presto volverá á unirse con él, sumergiéndose en el insondable piélago de tus esplendores y tu gloria!

¿Qué, mi Dios? ¿Yo seré eterno como tú? ¿Tú eres la medida interminable de mi duracion y el modelo de mi existencia? ¿No es delirio de mi orgullo que yo nací destinado á vivir contigo aun despues de la ruina de los imperios, de la destruccion de las grandezas, de la aniquilacion de las pasiones, de la extincion de los astros, y cuando ya toda esta máquina visible haya vuelto á entrar en la noche tenebrosa de su destruccion? ¿Es verdad que á pesar de todas las vicisitudes con que tu providencia puede probar mi vida, si me mantengo constante en amarte y servirte, me veré irrevocablemente incorporado en la sociedad de tu reino y de tu gloria? ¿Qué pensamiento! ¿Qué esperanza! ¿Dónde estás, hombre, cuando no estás contigo mismo, cuando buscas otra gloria que tu propia grandeza? ¿Qué puedes encontrar fuera de tí que valga más que lo que puedes ser? ¿De qué te aprovecha esa inquietud de tu imaginacion, esa turbacion de pensamientos, esa infatigable variedad de deseos? ¿Qué puede ganar tu corazon con todo ese estruendo de tu orgullo? ¿Qué esperas hallar en esos espacios en que corres siempre vago y nunca satisfecho?

Si quieres ser feliz, busca á tu Dios, que nunca está lejos de tí. Toda la naturaleza te le muestra, toda ella canta su santo nombre; pero tú no la escuchas, porque el tumulto de tus pasiones te

ensordece. Desciende á tu corazon; allí habita, y allí te hablará con mas intimidad; pero tú no puedes oírle, porque siempre andas huyendo de tí mismo. Sus incesantes dones te indican la mano de donde vienen; esa vida en que le desconoces, te prueba su amor, pues que te la conserva. Tú duermes tranquilo reclinado en su seno paternal; pero olvidando la mano protectora que te sostiene, te entregas á los delirios de sueños engañosos que te halagan con falsas ilusiones.

Una flor te interesa, la amenidad de un campo te complace, todo lo ingenioso te admira, todo lo hermoso te agrada, y tú atento y curioso, todo lo reconoces, todo lo examinas; lo único que se te esconde es el grande poder que ha sabido criarlo. Parece que la misma hermosura de los objetos es el velo que te encubre la mano que los hizo; por que detenido en el embeleso con que los gozas, te olvidas de su Autor: la luz que debia alumbrarte es la que mas te ciega; fijas los ojos en los beneficios, y nunca los levantas para reconocer al Bienhechor. ¡Deplorable mortal! Tú no ves mas que fantasmas, y sola la verdad te parece ilusion.

¡Desdichado de tí, pues esclavo de tus errores y abandonado á tus sentidos, vives sin Dios, sin esperanzas ni consuelos! ¡O Dios mio, dulce Dios! dichoso únicamente el que te adora y busca! ¡Mas dichoso el que te halla, cuando tu blanda mano enjuga su amoroso llanto, y le llena el pe-

cho de ardores fervorosos! Pero cuál será aquel día sin noche, en que tu luz indeficiente brille á nuestros ojos, é inunde nuestros corazones con el torrente de sus delicias inefables? ¡Dios de bondad! mis entrañas se estremecen con tan sublimes esperanzas, y mi alma exclama en el ardor de sus deseos: ¡Quién como tú, Dios mio?

Tú, Señor, me has inspirado á hablar de tí y de las riquezas de tu gracia: tú sueles mostrar el poder de tu influjo en la debilidad del instrumento: tú sabes el motivo que dió impulso á mi celo: péñtrame, pues, de tu ardor divino; préstame tu auxilio para que pueda mostrar tu luz á los ojos débiles que se deslumbran con los mismos resplandores de la fe, para que desengañe á los incautos, que con afán inútil y penoso buscan una felicidad que no pueden hallar fuera de tí, y para que descubra á todos la abundancia, la solidez y la dulzura que encerró tu bondad en los tesoros de la santa religion.

CARTA I.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMICO mio: apenas llegué á esta casa, después de una muy larga ausencia, cuando me entregaron una carta tuya muy atrasada. ¡Qué vivas y diferentes impresiones ha producido en mi corazón! ¡Cuántos recuerdos tiernos! ¡Pero ay, cuántas memorias dolorosas! Sí, las ideas de nuestra dulce amistad, tan antigua como nuestra existencia, me han despertado las sensaciones mas dulces y cariñosas. ¡O qué crueles y voraces han sido los remordimientos de mi corazón con la memoria de tantos años como hemos malogrado, ocupándonos en delitos cuyo recuerdo me causa horror, y de que quisiera verte tan arrepentido como yo lo estoy!

Este estilo debe parecerse muy extraño, y quizá pasada la primera sorpresa te reirás, me creerás en delirio y me verás con lástima. No esperabas seguramente que te hablase así el cómplice, el compañero y aun caudillo de nuestra desordenada conducta. Digo el caudillo, porque aunque todos los amigos que formábamos nuestra desen-